

DOMINGO VI ORDINARIO B

Padre pedrojosé ynaraja díaz

COMENTARIO

Supongo que os habréis dado cuenta, queridos lectores, que en mis comentarios a los textos litúrgicos, procuro siempre referirme a aspectos que generalmente no os ofrecerán otros autores. Mis estudios, mis aficiones personales y mis viajes a Tierra Santa me lo permiten y precisamente por ello así lo pretendo. Lo cual no significa mayor categoría respecto a los otros.

La primera lectura que como siempre acontece es preludio del texto evangélico, se refiere a la lepra y a los sacerdotes, merece, pues, unas advertencias.

En primer lugar la lepra, terrible y peligrosa enfermedad que por ello en algo se asemeja a nuestra reciente pandemia, se asemeja algo en sus inicios, a enfermedades que no son igualmente malignas, aunque puedan resultar molestas. Me refiero a la ictiosis y a la soriasis. Precisamente la segunda, pese a ser también crónica, quien se sumerge en las aguas del Mar Muerto y permanece en sus orillas un cierto periodo, consigue por más o menos tiempo, la desaparición de sus molestias, pues, su composición química, el alto grado de humedad, la elevada temperatura ambiente y la presión atmosférica propia de sus - 400m bajo el nivel del mar, son sus benéficas causas. Pero no era esta la situación en la que se encontraba Jesús y su suplicante enfermo.

El texto del Levítico encomienda el diagnóstico a sacerdotes residentes en el Templo. Tal labor es consecuencia de la ocupación propia de los israelitas de la tribu de Leví. Los tales carecían de territorio propio, a diferencia de los de otras once tribus a las que la tradición de acuerdo con el testamento del Patriarca Jacob, tenían asignado. Si eran de clase social alta, ejercían labores selectas de culto en el Templo y administraciones de bienes, dineros y dominios personales, entre ellos el diagnóstico clínico, que en este fragmento se les atribuye. Gozaban de prestigio y bienestar, son aquellos a los que conocemos como sacerdotes. Residían en las dependencias del conjunto formado por el Templo, o acudían por turnos a cumplir con sus obligaciones. Los de clase social inferior, carentes también de territorio heredado propio, a los que llamamos levitas, en realidad eran servidores en las funciones cultuales, sin recibir categoría social privilegiada alguna.

El leproso deseaba que el Señor le consiguiera gozar de salud y el Maestro se la otorga, sin meterse en los cumplimientos de rigor de acuerdo con la Ley. No ha sido enviado a modificar, ha venido a salvar y en ello está. Huye de altercados inútiles. Y os digo esto último, queridos lectores, porque en vuestra vida os encontraréis con personas cuya vocación parece sea practicar el deporte de la discusión sobre cualquier cosa, lugar o método. Aceptar su litigio supone pérdida de tiempo, enojo de asistentes que abandonan el posible enriquecimiento personal.

Os lo he dicho por haber sufrido personalmente en varias ocasiones tales enojosos encuentros.

Los textos merecen muchos otros comentarios, pero me he prometido a mi mismo no alargarme. Otros autores u otros textos, os darán lo mucho que aquí falta.

TEXTOS

del libro del Levítico (13,1-2.44-46):

El Señor dijo a Moisés y a Aarón: «Cuando alguno tenga una inflamación, una erupción o una mancha en la piel, y se le produzca la lepra, será llevado ante Aarón, el sacerdote, o cualquiera de sus hijos sacerdotes. Se trata de un hombre con lepra: es impuro. El sacerdote lo declarará impuro de lepra en la cabeza. El que haya sido declarado enfermo de lepra andará harapiento y despeinado, con la barba tapada y gritando: "¡Impuro, impuro!" Mientras le dure la afección, seguirá impuro; vivirá solo y tendrá su morada fuera del campamento.»

de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios (10,31–11,1):

Cuando comáis o bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios. No deis motivo de escándalo a los judíos, ni a los griegos, ni a la Iglesia de Dios, como yo, por mi parte, procuro contentar en todo a todos, no buscando mi propio bien, sino el de la mayoría, para que se salven. Seguid mi ejemplo, como yo sigo el de Cristo.

del evangelio según san Marcos (1,40-45):

En aquel tiempo, se acercó a Jesús un leproso, suplicándole de rodillas: «Si quieres, puedes limpiarme.»

Sintiendo lástima, extendió la mano y lo tocó, diciendo: «Quiero: queda limpio.»

La lepra se le quitó inmediatamente, y quedó limpio.

Él lo despidió, encargándole severamente: «No se lo digas a nadie; pero, para que conste, ve a presentarte al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que mandó Moisés.»

Pero, cuando se fue, empezó a divulgar el hecho con grandes ponderaciones, de modo que Jesús ya no podía entrar abiertamente en ningún pueblo, se quedaba fuera, en descampado; y aun así acudían a él de todas partes.